

*Una Conferencia sobre la Ética*¹

Antes de que empiece a hablar sobre lo que es realmente mi tema, permítanme hacer unas cuantas observaciones introductorias. Siento que tendré grandes dificultades en comunicarles mis pensamientos y pienso que algunas de ellas podrían reducirse si de antemano se las menciono. La primera, que casi no necesito mencionar, es que el inglés no es mi lengua materna y por lo tanto que mi expresión a menudo adolece de la precisión y sutileza que serían deseables cuando se habla acerca de un tema difícil. Todo lo que puedo hacer es pedirles que hagan más fácil mi labor intentando aprehender lo que quiero decir a pesar de las faltas que constantemente estaré cometiendo en contra de la gramática inglesa. La segunda dificultad que mencionaré es esta, que probablemente muchos de ustedes hayan venido a esta conferencia mía con expectativas ligeramente equivocadas. Y para ponerlos en la vía correcta respecto a este punto diré unas cuantas palabras acerca de la razón para elegir el tema que elegí: cuando su antiguo secretario² me hizo el honor de pedirme que leyera un trabajo ante su sociedad, mi primer pensamiento fue que ciertamente lo haría y mi segundo pensamiento fue que si yo habría de tener la oportunidad de hablarles debería hablar acerca de algo que yo estuviera deseoso de comunicarles y que no debería desaprovechar esta oportunidad para darles una conferencia sobre, digamos, lógica. Llamo a esto desaprovechar, porque para explicarles una cuestión científica necesitaría todo un curso³ y no un trabajo de una hora. Otra alternativa habría sido darles lo que se llama una conferencia científico-popular, es decir, una conferencia orientada a hacerles creer que comprenden una cosa que de hecho no comprenden y gratificar lo que creo que es uno de los deseos más bajos de la gente moderna, a saber, la curiosidad superficial sobre los últimos descubrimientos de la ciencia. Rechacé esas alternativas y decidí hablarles acerca de un tema que me parece que es de importancia general, esperando que pueda ayudar a aclarar sus pensamientos acerca de este tema (inclusive si están totalmente en desacuerdo con lo que diga acerca de él). Mi tercera y última dificultad es una que, de hecho, se adhiere a la mayoría de las conferencias filosóficas largas y es esta, que el escucha es incapaz de ver tanto la ruta por la que se le conduce como la meta en la que

¹ Wittgenstein impartió esta conferencia el 17 de noviembre de 1929. Fue publicada por primera vez en 1965, en *Philosophical Review* y reproducida, con algunas aclaraciones, en *Philosophical Occasions 1912-1951*. Editado por James Klagge y Alfred Nordmann (Indianapolis & Cambridge: Hackett Publishing Company, Inc, 1993).

² Wittgenstein se refiere al Secretario de un grupo de discusión sin mayor entrenamiento en filosofía llamado '*Heretics Society*'.

³ En las universidades inglesas, a las exposiciones de los maestros se les llama 'lectures', pero 'lecture' quiere decir también 'conferencia'. Aquí Wittgenstein habla de un "course of lectures", así como el título de su exposición es 'A Lecture on Ethics'.

desemboca. Es decir: o piensa ‘Comprendo todo lo que dice, pero a qué diablos quiere llegar’ o bien piensa ‘Veo a lo que quiere llegar, pero cómo diablos va a llegar allí’. Todo lo que puedo hacer es, una vez más, pedirles que sean pacientes y esperar que al final puedan ustedes ver tanto el camino como a dónde conduce.

Empiezo. Mi tema, como saben, es la ética y adoptaré la explicación que de ese término da el profesor Moore en su libro *Principia Ethica*. Dice: ‘La ética es la investigación general acerca de lo que es bueno’. Ahora bien, yo voy a usar el término ‘ética’ en un sentido ligeramente más amplio, de hecho en un sentido que incluye lo que creo que es la parte más esencial de lo que generalmente se llama ‘estética’. Y para hacerles ver tan claramente como sea posible lo que considero que es el tema de la ética expondré ante ustedes un número de expresiones más o menos sinónimas cada una de las cuales puede ser sustituida por la definición anterior y al enumerarlas quiero producir la misma clase de efecto que Galton produjo cuando tomó un cierto número de fotografías de diferentes rostros sobre la misma placa fotográfica para obtener el retrato de los rasgos típicos que todos ellos tenían en común. Y como al mostrarles a ustedes una foto colectiva así podría hacerles ver lo que es – digamos – el rostro chino típico, así si ven a través de la hilera de sinónimos que expondré ante ustedes podrán, espero, ver los rasgos característicos que todos ellos tienen en común y esos son los rasgos característicos de la ética. Ahora bien, en lugar de decir ‘La ética es la investigación de lo que es bueno’ podría haber dicho que la ética es la investigación de lo que es valioso o de lo que es realmente importante o podría haber dicho que la ética es la investigación del sentido de la vida o de lo que hace que la vida valga la pena de ser vivida o de lo que es la forma correcta de vivir. Yo creo que si ustedes le echan un vistazo a todas esas frases obtendrán una idea tosca de qué es de lo que la ética se ocupa. Ahora bien, lo primero que le llama a uno la atención acerca de todas esas expresiones es que de hecho cada una de ellas es usada en dos sentidos muy diferentes. Los llamaré el sentido trivial o relativo, por una parte, y el sentido ético o absoluto, por la otra. Si por ejemplo digo que esta es una *buena* silla, eso significa que la silla sirve a un cierto propósito predeterminado y la palabra ‘bueno’ tiene aquí significado sólo en la medida en que previamente se fijó este propósito. De hecho, la palabra ‘bueno’ en el sentido relativo significa simplemente estar a la altura de un cierto estándar predeterminado. Así, cuando decimos que este hombre es un buen pianista queremos decir que sabe tocar piezas de un cierto grado de dificultad con un cierto grado de destreza. Y, de manera similar, si digo que es *importante* para mí no resfriarme quiero decir que resfriarme produce en mi vida ciertas perturbaciones descriptibles y si digo que esta es la ruta *correcta* quiero decir que es la ruta correcta relativa a una cierta meta. Usadas de esta manera, estas expresiones no presentan ningún problema difícil o profundo. Pero no es como la ética las usa. Suponiendo que supiera jugar tenis y uno de ustedes me viera jugar y dijera ‘Bueno, juegas bastante mal’ y

supongamos que yo respondiera ‘Lo sé, estoy jugando mal pero no quiero jugar mejor’, todo lo que el otro hombre podría decir sería ‘Ah! bueno, entonces todo está bien’. Pero supóngase que yo hubiera dicho una mentira extravagante y que él me abordara y me dijera ‘Te estás conduciendo como una bestia’ y que entonces yo le dijera ‘Yo sé que me estoy conduciendo mal, pero no quiero conducirme mejor’, ¿podría él decir ‘Ah!, entonces todo está bien’? Ciertamente no: él diría ‘Bueno, *deberías* querer conducirte mejor’. Aquí tienen ustedes un juicio absoluto de valor, en tanto que el primer ejemplo era el de un juicio relativo. La esencia de esta diferencia parece ser obviamente esta: todo juicio de valor relativo es un mero enunciado de hechos y puede por lo tanto ser expuesto de forma tal que pierde toda la apariencia de un juicio de valor: en lugar de decir ‘Esta es la ruta correcta para ir a Granchester’, yo podría igualmente bien haber dicho ‘Esta es la ruta correcta por la que tienes que ir si quieres llegar a Granchester lo más pronto posible’; ‘Este hombre es un buen corredor’ significa simplemente que recorre un cierto número de millas en un cierto número de minutos, etc. Ahora bien, lo que deseo sostener es que, aunque se puede mostrar que todos los juicios de valor relativo son meros enunciados de hechos, ningún enunciado de hecho puede nunca servir, o implicar, un juicio de valor absoluto. Permítanme explicar esto: supongamos que uno de ustedes fuera una persona omnisciente y que por lo tanto conociera todos los movimientos de todos los cuerpos en el mundo, muertos o vivos, y que también conociera todos los estados de las mentes de todos los seres humanos que hayan vivido, y supongamos que este hombre escribiera todo lo que supiera en un gran libro, entonces ese libro contendría la descripción completa del mundo; y lo que quiero decir es que ese libro no contendría nada que llamaríamos un juicio ético o algo que lógicamente implicara un juicio así. Contendría, desde luego, todos los juicios relativos de valor y todas las proposiciones científicas verdaderas y de hecho todas las proposiciones verdaderas que puedan hacerse. Pero todos los hechos descritos estarían, por así decirlo, al mismo nivel y del mismo modo todas las proposiciones estarían al mismo nivel. No hay proposiciones que, en algún sentido absoluto, sean sublimes, importantes o triviales. Ahora bien, quizá algunos de ustedes concordarán con eso y les vendrán a la memoria las palabras de Hamlet: ‘Nada es bueno o malo, pero el pensarlo así lo hace’. Pero, una vez más, esto podría conducir a una incompreensión. Lo que Hamlet dice parece implicar que lo bueno y lo malo, aunque no son cualidades del mundo fuera de nosotros, son atributos de estados de nuestras mentes. Pero lo que yo quiero decir es que un estado de la mente, en la medida en que mediante eso queremos decir un hecho que podemos describir, no es en ningún sentido ético bueno o malo. Si, por ejemplo, en nuestro libro del mundo leemos la descripción de un asesinato con todos sus detalles físicos y psicológicos, la mera descripción de estos hechos no contendrá nada que pudiéramos llamar una proposición *ética*. El asesinato estará exactamente al mismo nivel que cualquier otro suceso, por ejemplo, la caída de una piedra. Ciertamente, la

lectura de dicha descripción podría causarnos dolor o rabia o cualquier otra emoción, o podríamos leer acerca del dolor o la rabia causados en otra gente por este asesinato cuando se enterara de él, pero serán simplemente hechos, hechos y hechos mas no ética. Y ahora debo decir que si contemplara lo que realmente tuviera que ser la ética si hubiera tal ciencia, este resultado me parece perfectamente obvio. Me parece obvio que nada de lo que pudiéramos pensar o decir sería *la cosa*. Que no podemos escribir un libro científico, cuyo tema fuera intrínsecamente sublime y que estuviera por encima de todos los demás temas. Puedo describir mi sentimiento sólo mediante la metáfora de que, si un hombre pudiera escribir un libro sobre ética que realmente fuera un libro sobre ética, dicho libro destruiría, con una explosión, todos los otros libros del mundo. Nuestras palabras, usadas como las usamos en ciencia, son navíos susceptibles únicamente de contener y transmitir significado y sentido, significado y sentido *natural*. La ética, si es algo, es sobrenatural y nuestras palabras sólo expresarán hechos; así como una taza de té contiene sólo una taza llena de agua [inclusive si] yo vertiera en ella un galón. Dije que en lo que a hechos y proposiciones concierne hay sólo valor relativo y bien, deber, etc., relativos. Y permítanme, antes de proseguir, ilustrar esto mediante un ejemplo más bien obvio. La ruta correcta es la ruta que conduce a una meta arbitrariamente predeterminada y nos queda perfectamente claro a todos que no tiene ningún sentido hablar acerca de la ruta correcta independientemente de dicha meta predeterminada. Veamos ahora qué podríamos estar queriendo decir mediante la expresión '*la ruta absolutamente correcta*'. Pienso que sería la ruta por la que *todo mundo* con sólo verla tendría, *con necesidad lógica*, que ir o por la que todo mundo se sentiría avergonzado por no ir. Y, de manera similar, el *bien absoluto*, si es un estado de cosas describable, sería tal que todo mundo, independientemente de sus gustos o inclinaciones, *necesariamente* produciría o se sentiría culpable por no producir. Y quiero decir que dicho estado de cosas es una quimera. Ningún estado de cosas tiene, en sí mismo, lo que me gustaría llamar el poder coercitivo de un juez absoluto. Pero entonces ¿qué tenemos todos nosotros quienes, como yo mismo, todavía sentimos la tentación de usar expresiones como 'bien absoluto', 'valor absoluto', etc., qué tenemos en mente y qué tratamos de expresar? Ahora bien, siempre que trato de aclararme esto a mí mismo es natural que traiga a colación casos en los que ciertamente usaría esas expresiones y entonces me encuentro en la situación en la que ustedes estarían si, por ejemplo, fuera a darles una conferencia sobre psicología del placer. Lo que ustedes harían entonces sería intentar traer a la memoria alguna situación típica en la que siempre hayan sentido placer. Porque, teniendo esta situación en mente, todo lo que yo les dijera se volvería concreto y, por así decirlo, controlable. Un hombre elegiría quizá como su mejor ejemplo la sensación al ir de paseo un agradable día de verano. Esta es la situación en la que ahora me encuentro, si quiero fijarme en lo que quiero decir mediante valor absoluto o ético. Y, en mi caso, siempre sucede que se me presenta la idea de una experiencia particular que por lo tanto es, en un sentido, mi experiencia

par excellence y esa es la razón por la que, al hablarles ahora, usaré ante todo y en primer lugar esta experiencia como el primero de mis ejemplos. (Como dije antes, este es un asunto enteramente personal y a otros les llamarían más la atención otros ejemplos). Describiré esta experiencia para, si ello es posible, hacerles recordar las mismas o similares experiencias, de manera que podamos tener un terreno común para nuestra investigación. Yo creo que la mejor manera de describirla es decir que cuando la tengo *me asombro ante la existencia del mundo*. Y entonces me inclino a usar frases como ‘qué extraordinario que haya algo’ o ‘qué extraordinario que el mundo exista’. Mencionaré de inmediato otra experiencia que también conozco y con la que algunos de ustedes podrían estar familiarizados. Es lo que uno podría llamar la experiencia de sentirse *absolutamente* a salvo. Me refiero al estado anímico en el que uno se inclina a decir ‘Estoy a salvo, pase lo que pase nada podría lastimarme’. Permítanme ahora considerar esas experiencias porque, creo, exhiben precisamente las características acerca de las cuales tratamos de tener claridad. Y en relación con eso la primera cosa que tengo que decir es que la expresión verbal que le damos a esas experiencias es un sinsentido! Si yo digo ‘Me asombro ante la existencia del mundo’ estoy mal empleando el lenguaje. Permítanme explicar esto: tiene un sentido perfectamente bueno y claro decir que me asombro ante algo que es el caso, todos comprendemos lo que quiere decir que me asombro ante el tamaño de un perro que es más grande que cualquier otro que haya visto antes o ante cualquier cosa que, en el sentido común de la palabra, es extraordinaria. En cada caso así me asombro ante algo que es el caso que yo *podría* concebir que *no* fuera el caso. Me asombro ante el tamaño de este perro porque podría concebir un perro de otro tamaño, a saber, de un tamaño usual, ante el cual no me asombraría. Decir ‘Me asombro por que tal y tal cosa acontezca’ sólo tiene sentido si puedo imaginar que no acontece. En este sentido, uno se puede asombrar ante la existencia de, digamos, una casa cuando la ve y a la que no ha visitado durante mucho tiempo y se había imaginado que mientras tanto ya la habrían demolido. Pero es un sinsentido decir que me asombro ante la existencia del mundo, porque no puedo imaginar que no exista. Desde luego que podría asombrarme de que el mundo que me rodea sea como es. Si por ejemplo tuviera esta experiencia al ver el cielo azul, me podría asombrar de que el cielo fuera azul en tanto que opuesto al caso en que está nublado. Pero no es eso lo que quiero decir. Me asombro ante el cielo *sea como sea*. Uno podría sentirse tentado a decir que ante lo que me asombro es una tautología, a saber, que el cielo es azul o no es azul. Pero entonces es simplemente un sinsentido decir que uno se asombra ante una tautología. Ahora bien, lo mismo se aplica a la otra experiencia que mencioné, la experiencia de seguridad absoluta. Todos sabemos lo que en la vida común significa estar a salvo. Estoy a salvo en mi cuarto, en donde no me puede atropellar un autobús. Estoy a salvo si tuve tos ferina y por lo tanto ya no puedo volver a tenerla. Estar a salvo esencialmente significa que es físicamente imposible que ciertas cosas me sucedan y por lo tanto es un sinsentido decir que

estoy a salvo *pase lo que pase*. Una vez más, es un mal uso de la expresión ‘a salvo’ como en el otro ejemplo era un mal uso de la palabra ‘existencia’ o ‘asombrarse’. Ahora bien, quiero persuadirlos de que un cierto mal uso característico de nuestro lenguaje corre a lo largo de *todas* las expresiones éticas y religiosas. Todas estas expresiones *parecen*, prima facie, ser simplemente *símiles*. Así, parece que cuando usamos la palabra *correcto* en un sentido ético, aunque lo que queremos decir no es correcto en su sentido trivial, es algo similar, y cuando decimos ‘Esta es una buena persona’, aunque la palabra ‘buena’ aquí no significa lo que significa en la oración ‘Este es un buen jugador de fútbol’, parece haber alguna similitud. Y cuando decimos ‘La vida de este hombre fue valiosa’ no queremos decirlo en el mismo sentido en el que hablaríamos de algunas joyas valiosas, pero parece haber alguna clase de analogía. Ahora bien, todos los términos religiosos en este sentido parecen ser usados como *símiles* o alegóricamente. Porque cuando hablamos de Dios y de que Él ve todo y cuando nos arrodillamos y le rogamos, todos nuestros términos y acciones parecen ser partes de una gran y elaborada alegoría que lo representa como un ser humano de gran poder, cuya gracia tratamos de ganar, etc., etc. Pero esta alegoría también describe las experiencias a las que me acabo de referir. Porque la primera de ella es, creo, exactamente a lo que la gente se refería cuando decía que Dios había creado el mundo; y la experiencia de estar absolutamente a salvo ha sido descrita diciendo que nos sentimos a salvo en las manos de Dios. Una tercera experiencia de la misma clase es la de sentirse culpable y una vez más esto ha sido descrito mediante la frase de que Dios desaprueba nuestra conducta. Así, pues, en el lenguaje ético y religioso parecemos estar constantemente usando *símiles*. Pero un *símil* debe ser un *símil* para *algo*. Y si puedo describir un hecho mediante un *símil* debo poder omitir el *símil* y describir los hechos sin él. Ahora bien, en nuestro caso tan pronto como tratamos de omitir el *símil* y de simplemente enunciar los hechos que están detrás de él, nos encontramos con que no hay tales hechos. Y así, lo que primero se presentaba como un *símil* ahora parece ser mero sinsentido. Ahora bien, las tres experiencias que les he mencionado (y podría haber añadido otras) les parecen a aquellos que las han experimentado, a mí por ejemplo, que tienen en algún sentido un valor intrínseco, absoluto. Pero de seguro que cuando digo que son experiencias, son hechos; tuvieron lugar aquí y allá, duraron un tiempo definido y por consiguiente son descriptibles. De manera que por lo que dije hace algunos minutos debo admitir que es un sinsentido decir que tienen un valor absoluto. Y voy a precisar todavía más mi idea diciendo ‘Es la paradoja de que una experiencia, un hecho, parezca tener un valor sobrenatural’. Ahora, hay una forma como yo estaría tentado de enfrentar esta paradoja. Permítanme primero considerar de nuevo nuestra primera experiencia de asombro ante la existencia del mundo y permítanme describirla de un modo ligeramente diferente; todos sabemos a lo que en la vida cotidiana llamaríamos un milagro. Obviamente, no es más que un evento del cual nunca hemos visto otro parecido. Supongamos ahora que tuviera lugar un suceso así.

Tomen el caso de que de pronto a uno de ustedes le creciera una cabeza de león y empezara a rugir. Ciertamente sería de lo más extraordinario que pudiera yo imaginar. Ahora bien, una vez que nos hubiéramos repuesto de nuestra sorpresa, lo que yo sugeriría sería ir a buscar a un doctor y que se investigara el caso científicamente y si no fuera porque le dolería yo le haría una vivisección. ¿Y qué habría pasado con el milagro? Porque es claro que cuando lo vemos de esta manera todo lo milagroso desaparece; a menos de que lo que queremos decir mediante este término sea tan sólo que un hecho no ha sido todavía explicado por la ciencia y eso una vez más significa que hasta ahora hemos fallado en integrar este hecho con otros en un sistema científico. Esto muestra que es absurdo decir que la ciencia ha probado que no hay milagros. La verdad es que el modo científico de ver un hecho no es el modo de verlo como un milagro. Porque imagínense el hecho que quieran, éste no será milagroso en el sentido absoluto del término. Porque ahora vemos que hemos estado usando la palabra ‘milagro’ en un sentido relativo y en uno absoluto. Y ahora describiré la experiencia de asombrarse ante la existencia del mundo diciendo: es la experiencia de ver el mundo como un milagro. Siento ahora la tentación de decir que la expresión correcta en el lenguaje para el milagro de la existencia del mundo, aunque no es ninguna proposición *en* el lenguaje, es la existencia del lenguaje mismo. Pero ¿qué significa entonces uno se dé cuenta de este milagro en algunas ocasiones y no en otras? Porque todo lo que he dicho al trasladar la expresión de lo milagroso de una expresión *por medio del* lenguaje a la expresión *por la existencia* del lenguaje, todo lo que he dicho es una vez más que no podemos expresar lo que queremos expresar y que todo lo que *decimos* acerca de lo milagroso absoluto sigue siendo un sinsentido. La respuesta a todo esto les parecerá ahora perfectamente clara a muchos de ustedes. Ustedes dirán: bueno, si ciertas experiencias nos hacen constantemente sentir la tentación de atribuirles una cualidad a la que llamamos valor e importancia absolutos o éticos, ello simplemente muestra que mediante esas palabras *no* queremos decir un sinsentido, que después de todo lo que queremos decir al decir que una experiencia tiene un valor absoluto *es simplemente un hecho como otros hechos* y que todo a lo que esto equivale es a que no hemos logrado todavía encontrar el análisis lógico correcto de lo que queremos decir por medio de nuestras expresiones éticas y religiosas. Ahora bien, cuando se me hace esta objeción de inmediato veo con claridad, por así decirlo en un flash, no sólo que ninguna de las descripciones en las que pueda pensar serviría para describir lo que quiero decir mediante valor absoluto, sino que rechazaría toda descripción importante que pudiera sugerir quien quiera que fuera, *ab initio*, sobre la base de su significación. Es decir: veo ahora que esas expresiones carentes de sentido no eran sinsentidos porque no hubiera yo todavía encontrado las expresiones correctas, sino que el que carezcan de sentido era su esencia misma. Porque todo lo que quería hacer con ellas era precisamente *ir más allá* del mundo y eso es decir más allá del lenguaje significativo. Toda mi tendencia y creo que la tendencia de todos los

hombres que alguna vez intentaron escribir o hablar Ética o Religión era ir contra los límites del lenguaje. Este ir en contra de los muros de nuestra jaula es perfecta, absolutamente inútil. La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo acerca del sentido último de la vida, del bien absoluto, de lo valioso absoluto, no puede ser ninguna ciencia. Lo que dice no añade nada a nuestro conocimiento en ningún sentido. Pero es un documento de una tendencia en la mente humana que yo personalmente no me puedo impedir respetar profundamente y ni por mi vida la ridiculizaría.